

BAJO EL NOMBRE FELIZ DE BARBAÑO

Hoy es el día. La luz ha abierto el diafragma de su pupila para que penetre y sea la primera en besarla, derramándose sobre su cara que acoge la verdad del tiempo. En medio de la partitura de cantos y rezos por el camino de la memoria en el que se santiguan los siglos.

Este cielo de agosto que es la patena donde Dios oficia el misterio de la luz. Una luz que promete y cumple resurrecciones, descosiendo, bajo la esperanza, los duros diagnósticos que traspasan las esquinas de nuestras vidas.

Las calles acaban de abrir los cerrojos de este nuevo día por donde transita la vida y las cosas que saben a Dios. Las primeras horas traen la impaciencia cierta ante el gozo que llega. Todo sabe a culto y rito muy antiguo que no viejo, porque todos los años se renueva. Porque tú, Señora, eres hermosura antigua y nueva.

Porque esta es una devoción más allá de abuelos y padres. Una devoción transmitida como la más valiosa herencia. Porque la devoción es la vida que mantiene todo el año su existencia callada y profunda en el corazón y la memoria de cuantos la amamos.

Porque una vez al año, en una mañana jubilosa de azul y plata de finales de agosto, en la que hay prisa heredada, nos despertaban muy temprano y nos llevaban a verla llegar desde el desasosiego producido por tantos días de espera.

Así llega, todos los años, esta muchacha nazarena, en medio del perfume que desprenden los ramos frescos de albahaca, por la generosidad y devoción que año tras año le ofrecemos llenos de alegrías y esperanzas.

Aquí está, ha venido, como siempre, desde siglos, expuesta a las veladuras que cincelan los atajos del tiempo. Aquí está la esperanza cierta que no envejece, que no pasa, la luz que nos toca. Ella y sólo ella, origen y razón de ser de estos días de tanto gozo.

Ella es la mano humana que coge las manos de los enfermos, de los que andan en tinieblas, los necesitados y olvidados de la vida. Ella es la incansable luchadora contra el sufrimiento. La que alivia el peso de nuestras cruces. Quién ha agarrado sus manos sabe de lo que estoy hablando. Ella es humildad, sencillez, servicio y entrega.

Ella está con nosotros, porque Ella, siempre nos está esperando. Ella está aquí porque es la verdad que buscamos. Ella está aquí para que no existan separaciones, porque sin titubeos, proclama: "El que me busca, encontrará la Vida".

Ella y un Niño que nunca baja los brazos, que nunca lo hemos visto dormido sobre su hombro. Ella es la apasionada locura que tanto nos quiere. Cobijo total de potencias elevadas a lo divino y a lo humano. A Ella no la cambian los años, los siglos, ni las opiniones desacertadas, ni las torpezas de las cosas de este mundo.

Aquí está la madre que nunca abandonó al Niño que parece escaparse de Ella para ir en busca de los brazos de todo el mundo. Ni en Belén, ni en Jerusalén. Ni en el pañal, ni en la mortaja. Ni en la

vida, ni en la muerte lo abandonó. ¿Qué madre se aleja del fruto de sus entrañas?

Porque tú, Señora, sabes de la pena por las ausencias que lastiman. Tú siempre tienes el pañuelo dispuesto para enjugar unas lágrimas. En ti, en el dulce mar de tus ojos, caben una eternidad de consuelos. Ojos que siguen y seguirán ofreciendo oportunidades. Muchas oportunidades. Bendita paciencia, bendita misericordia la tuya, Santa María de Barbaño.

Montijo tiene un faro que señala el camino de los que deambulan atribulados. Porque Ella es la fuerza y vida desde la que se asoma Dios por sus pupilas abiertas de par en par.

La que estuvo en la noche negra de la soledad y el silencio por el dolor de sus entrañas. Tesoro que custodia al que llamamos eternidad. Todo en Ella es mirada cuando se despierta el génesis del alba anunciando la resurrección que nos espera. Por eso está aquí para dar razón a la vida, a la paz y al alma. Porque Ella es la vida que sabe a Vida.

A veces pienso que algún día, cuando le faltemos y fallemos, cuando no estemos dónde tenemos que estar, cuando nos olvidemos de Ella; será entonces cuando, de tanto esperarnos, vendrá a buscarnos para derrotar nuestras distancias y cansancios. Porque a veces, en lo cotidiano, vamos con el paso cambiado, sin apenas percatarnos de lo inútil y sinsentido que son nuestras apariencias y contradicciones.

Ella, en estos días, será el destino de nuestros íntimos rezos. El refugio de tantas promesas que obligan a su cumplimiento. Porque Ella, en su mirada sonriente, leal y sincera, siempre da más de lo que recibe.

Pero nada acaba aquí, Señora. Todo empieza para ti, aquí y ahora. Bienvenida seáis a Montijo, Santa María, Madre Gloriosa, bajo el nombre feliz de Barbaño.

Manuel García Cienfuegos

Hermano de la Hermandad
de Ntra. Señora de Barbaño,
Patrona de Montijo